

LA CONSTRUCCION DEL ESPECTACULO POLITICO

Murray Edelman



MANANTIAL

La construcción y los usos de los enemigos políticos

Como la política siempre involucra conflictos por ventajas materiales, status y cuestiones morales, constantemente algunas personas son incitadas contra otras y las ven como adversarios o enemigos. Los enemigos políticos pueden ser países extranjeros, creyentes en ideologías desagradables, grupos que son diferentes en algún aspecto, o ficciones de la imaginación; en todo caso, constituyen una parte intrínseca de la escena política. Ellos ayudan a dar al espectáculo político su poder para provocar pasiones, miedos y esperanzas, tanto más cuanto que un enemigo para algunas personas, es un aliado o una víctima inocente para otras.

A veces los enemigos políticos perjudican a sus oponentes, y a menudo los ayudan. Como la evocación de un enemigo amenazante puede suscitar el apoyo de sus blancos posibles, la gente construye enemigos que renuevan su propio compromiso y movilizan aliados: las brujas de Salem en el siglo xvii, los comunistas para el ejército en la década de 1950, los judíos para la Alemania nazi, los homosexuales, un régimen foráneo identificado con una ideología impopular, los campesinos disidentes en Vietnam o El Salvador. Cuando un enemigo perjudica, hay un incentivo para poner fin a la amenaza librándose de él. Pero entra en juego un incentivo opuesto cuando el enemigo ayuda a reunir apoyo para un régimen o una causa; en ese caso quienes construyen un enemigo tienen todas las razones para perpetuar y exagerar la amenaza que él plantea.

Cuando la pretensión de que un grupo es peligroso resulta políticamente divisoria, es probable que dependa menos de la observación que de supuestos que no pueden someterse persuasivamente a

prueba: que los defensores del congelamiento nuclear o de la guerrilla en un país remoto son incautos que sirven a los planes rusos de agresión, que los empleadores privan sistemáticamente a los trabajadores de parte del valor que producen, que los "humanistas seculares" están destruyendo la fibra moral de la nación. Quienes temen a los enemigos probablemente les imputarán rasgos que los hacen peligrosos. Esta es también la premisa de algunos textos médicos y académicos; aunque en este caso toma la forma de supuestos sobre inobservables tales como el carácter nacional, una cultura de la pobreza o una personalidad psicopática.

Enemigos y adversarios

En política los oponentes no son necesariamente enemigos; algunos oponentes son respetados y aceptados como legítimos. La distinción entre oponentes aceptables e inaceptables, o entre enemigos y adversarios, depende de que en el foco de la atención se ubique la naturaleza intrínseca del antagonista, o bien las tácticas que un oponente emplea.

El mundo del juego define al antagonista como un adversario. Se compete para ganar, tal vez con espíritu deportivo y buen humor, como en muchas rivalidades electorales y en algunas competencias por beneficios públicos tales como una nueva oficina postal o un contrato público. El juego puede ser también mortalmente serio, como en elecciones muy reñidas, en disputas territoriales entre naciones, incluso en la guerra. En la medida en que el foco sea encontrar y seguir tácticas ganadoras, el oponente es un adversario, sean las apuestas pequeñas o grandes.

La relación entre quienes aplican la ley y las personas acusadas de transgredirla es en tal sentido una típica relación de adversarios. El policía y el conductor que viola los límites de velocidad, el inspector y el gerente de fábrica que viola un código de salud y seguridad, incluso el fiscal y un acusado de homicidio, participan en un juego competitivo en el sentido esencial de que los costos, las apuestas, e incluso las definiciones de la transgresión son negociables dentro de ciertos límites, y cada parte puede calcular los riesgos y beneficios probables de seguir cursos de acción alternativos. En todos estos encuentros hay algún elemento deportivo en el juego y en el intento de ganar, y la atención se concentra en los procedimientos en sí.

W / Cuando un oponente es un enemigo y no un adversario, lo que concentra la atención no es el proceso sino el carácter del oponente. Los enemigos son caracterizados por un rasgo o conjunto de rasgos intrínsecos que los signan como malos, inmorales, retorcidos o patológicos, y por lo tanto como una amenaza continua, con independencia del curso de acción que sigan, de que ganen o pierdan en cualquier encuentro particular, o incluso aunque no emprendan ninguna acción política en absoluto. Para los nazis, los judíos son enemigos (y a la recíproca) por el sólo hecho de existir. Cuando se lo define como subversivo, el liberal es un enemigo. Lo mismo el país extranjero percibido como pretendiendo subvertir "el mundo libre" (o las "democracias populares"). Si a la luz de la observación los enemigos no están haciendo nada, esto en sí mismo prueba el carácter subterráneo de las actividades tendientes a socavar la buena sociedad. En esta forma de construcción, el incentivo no es ganar encuentros sino destruir al oponente.

Para estas radicalmente diferentes percepciones de los antagonistas se aceptan distintos tipos de enunciados. Definir a oponentes políticos como adversarios connota que la cuestión es más táctica que moral; no hay en juego cuestiones de principio ni escalas de valores, de modo que las personas pueden basarse en sus intereses para decidir si han de participar, y en qué bando. La lucha es limitada, por su importancia y por el espectro de los grupos involucrados. Definir a los antagonistas políticos como enemigos amplía drásticamente la gama de las cuestiones y los grupos involucrados.

Es claro que no hay nada distintivo o intrínseco en los adversarios o enemigos, como personas, que haga de ellos una cosa u otra. Para comprender tal lenguaje en política es necesario centrarse en la situación social y en la autocaracterización de los observadores y no en las personas rotuladas. Sólo entonces podemos explicar por qué con tanta frecuencia se producen cambios en las definiciones de los enemigos políticos, y por qué, en algunas situaciones, es probable que *cualquiera* defina a otros como enemigos o sea definido como tal por ellos. Muchos "enemigos" políticos ya citados como ejemplos nunca hicieron daño en absoluto, aunque la atribución de un carácter nocivo servía a un propósito para sus antagonistas.

Las coaliciones políticas

La vinculación de cuestiones diversas por medio de lo que se dice sobre la naturaleza de un enemigo que de algún modo las combina es un fenómeno político común y una potente maniobra para obtener apoyo a causas, se trate o no de una táctica consciente. Tal vinculación puede ser un elemento en todas las formas de la construcción de coaliciones políticas. El retrato del pobre como enemigo ayuda a establecer una alianza de personas que lamentan que los impuestos se utilicen en gastos de asistencia social, que identifican la pobreza con el delito en las calles o con el radicalismo, o que ven a los pobres como amenazas culturales, morales o genéticas a las clases respetables. Personificar una cuestión identificándola con un enemigo logra apoyo a una postura política mientras enmascara las ventajas materiales que esa percepción proporciona.

Tal vinculación de intereses diferentes por medio de la atribución de rasgos temidos a enemigos problemáticos presta intensidad a las causas comunes y a veces crea una creencia en intereses comunes que no existen. La corporación del acero y los trabajadores de ese gremio que se unen en su oposición a las importaciones de ese metal tienen el mismo antagonista claramente reconocible. Pero el foco en la amenaza extranjera también desplaza una explicación alternativa: que los problemas de los trabajadores norteamericanos no surgen de la hostilidad de extranjeros individuales sino de la lógica de una economía nacional e internacional que incita a los obreros contra sus pares del exterior y de ese modo importa y exporta desempleo y caída de salarios. Un enemigo dudosamente concebido inhibe la comprensión de un problema perjudicial, y al hacerlo apuntala una alianza política.

En este ejemplo, los productores extranjeros de acero ocasionan un perjuicio real, aunque pueden no ser el enemigo fundamental. En muchos otros casos se constituyen alianzas políticas construyendo enemigos que no existen o no son perjudiciales para quienes los rotulan. Los norteamericanos *nisei* (descendientes de japoneses) de la costa oeste en la época de Pearl Harbor fueron descritos como un enemigo potencialmente traicionero, construcción ésta que unió a nacionalistas y racistas y también atrajo a la coalición a personas que se beneficiarían con la venta forzada de los bienes *nisei* antes de que los propietarios legítimos se vieran concentrados en campos. La percepción dudosa de los norteameri-

canos de origen japonés como peligrosos para la seguridad no fue probablemente una mentira consciente, sino algo mucho más común y potente en política: la construcción de un enemigo que sirve a los intereses de la gente al procurarles riqueza, status o justificación ideológica.

La intensificación de hostilidades de larga data también puede cementar y ampliar las alianzas políticas. Los partidarios de grandes inversiones en armamentos y de una estrategia de confrontación, tanto en el Kremlin como en el Pentágono, obtienen amplio apoyo público interno publicitando y exagerando el armamentismo y los preparativos e intenciones agresivos de sus antagonistas. En este sentido crucial, los halcones del país rival ayudan a constituir coaliciones políticas internas mientras persiguen sus propias metas, y quienes proponen una *détente* en países rivales se ayudan recíprocamente del mismo modo. En este proceso, las coaliciones políticas informales pueden incluir a los enemigos cuando su meta es extraer mayores inversiones e influir a través de la opinión pública interna. Al polarizar a la opinión pública, los enemigos paradójicamente cooperan entre sí, aunque esa cooperación puede no ser deliberada. El mismo tipo de escalada de la tensión a menudo permite que los rivales de la política interior se ayuden mutuamente mientras alientan la polarización de la opinión. Cuando se produce una escalada de las tensiones entre gerentes y gremios, lo típico es que los sindicatos logren un apoyo más firme de sus miembros de base, y que los grupos gerenciales acrecienten el respaldo que tienen de accionistas y conservadores. Cuando se hacen más intensas las confrontaciones entre los partidarios de las libertades civiles y quienes abogan por medidas severas contra los delincuentes, la opinión pública se polariza, y ambas posiciones ganan en apoyo económico y status. El vínculo entre la cohesión social y el miedo a los enemigos es por lo tanto un vínculo enigmáticamente dialéctico: la división y el consenso van de la mano; algunas escisiones cementan a los otros mientras se profundizan a sí mismas.¹

Si un acontecimiento ampliamente publicitado puede interpretarse como confirmación de que un enemigo conspicuo es peligroso, por lo general resulta posible ampliar una coalición política. Cuando los rusos abatieron un avión de pasajeros coreano que llevaba 267 personas a bordo en 1983, los funcionarios de la administración Reagan que expresaron en público su cólera y repugnancia ante la acción, también se beneficiaron con la ocurrencia

de un hecho que podía utilizarse para movilizar el apoyo público y derrotar una resolución de congelamiento nuclear en el Congreso, emplazar los misiles MX y aumentar el presupuesto destinado a armamentos. El hundimiento del buque de guerra *Maine* en 1898 y el sitio a El Alamo en 1836 cumplieron una función análoga, reuniendo apoyo entre los apáticos para acciones discutidas, al inculcar miedo a un enemigo. Cuando ese tipo de interpretaciones de hechos ambiguos logra una aceptación amplia, el hecho en sí se convierte en una condensación simbólica y puede utilizarse para erigir apoyo a acciones militares ulteriores. Los lemas "Recuerden El Alamo", "Recuerden el *Maine*", "Recuerden Pearl Harbor" no sólo ampliaron el respaldo a las guerras en las que fueron incidentes tempranos. Enseñados a los niños en los cursos de historia, y mencionados en la oratoria patriótica, siguen reforzando el supuesto de que las aventuras militares son un modo eficaz de proteger al país. Ayudan a mantener viva una coalición latente que cualquier régimen puede activar.

Es obvio que al ayudar a erigir coaliciones, los enemigos obtienen ventajas materiales para quienes las construyen. La ideología, el incentivo material y el lenguaje que los evoca son facetas de la misma transacción.

La ambivalencia

Si bien lo típico es que las creencias sobre los enemigos sean intensas, raras veces son consistentes con otras percepciones políticas, y a menudo están en conflicto incluso con creencias concurrentes sobre los enemigos expresadas por el mismo individuo. Hay que entenderlas como una reserva de historias que ejercen su influencia cuando están presentes los indicios apropiados. En diferentes situaciones las personas asumen los roles de "otros significativos" alternativos. Cuando la atención está dirigida al ballet del Bolshoi, a la exploración conjunta del espacio o a la venta de granos, un norteamericano puede considerar a Rusia como una potencia amistosa, pero percibe a la URSS como el enemigo si se centra en los misiles MX de Idaho o en los misiles crucero en Europa. Aprendemos creencias estereotipadas mientras adquirimos una cultura. En todo caso una minoría, por lo general pequeña, siente muy intensamente que no caben las cogniciones conflictivas, pero la mayor parte de la población despliega una ambivalen-

cia sustancial. Los individuos reflejan las corrientes sociales, incluso cuando éstas fluyen en direcciones opuestas.

En la política internacional resulta por lo general fácil redefinir a un aliado actual como enemigo, y viceversa, y obtener un amplio apoyo público para el rápido cambio. Al final de la Segunda Guerra Mundial nuestro aliado ruso fue convertido de pronto en el enemigo de una guerra fría, mientras que nuestro enemigo alemán se convirtió en amigo con la misma rapidez. Las relaciones con China sufrieron una dramática inversión en 1970. Estos cambios orwellianos no se producen con respecto a cuestiones acerca de las cuales la opinión pública está fuertemente polarizada, sino, paradójicamente, cuando hay algo cercano a un consenso, pues en tal situación es probable que los indicios provengan de la misma fuente, a menudo el gobierno, y la opinión responde a ellos con poco cuestionamiento.

La ambivalencia se expresa también a través de la emulación de algunas de las acciones del enemigo, un fenómeno que aparece regularmente en las etapas finales del desarrollo histórico de las animosidades entre grupos. Tal vez su manifestación más fácilmente reconocida esté en la tendencia de los regímenes nacionales rivales a imitarse recíprocamente en el emplazamiento de sistemas armamentistas, reclamando por los planes agresivos del otro, reprimiendo la crítica y las libertades internas en nombre de la seguridad, y conformando sus políticas exteriores como imágenes en espejo.

El efecto también aparece entre los grupos oprimidos en la política interior, en los cuales suelen desarrollarse facciones internas que luchan entre sí con los mismos métodos violentos empleados contra ellos por el opresor. La lucha cuerpo a cuerpo entre negros y entre negros y la población procedente de la India en Sudáfrica es un ejemplo actual de este fenómeno, que aparece también en la disposición de los miembros de los grupos oprimidos a servir como agentes de policía y traidores que cooperan con el enemigo. La enemistad ata tanto como divide. Quizás la consecuencia política más significativa de esta forma de emulación resida en su poder para crear todo un conjunto de transacciones sociales en la imagen del grupo que primero amenaza al otro como a un enemigo. La constitución discursiva de la enemistad, la agresión y la emulación se convierten en partes de un proceso único.

Una forma reveladora de ambivalencia aparece en la actitud de la sociedad con respecto a personas de las que normalmente se

habla con afecto y compasión, pero que en muchas situaciones son tratadas como si fueran peligrosas, inmorales e incompetentes para vivir vidas autónomas. Entre esas personas se cuentan las mujeres, los niños, algunos obreros y sirvientes, los destinatarios de la asistencia social y los no conformistas rotulados como perturbados mentales. En conjunto, esos grupos comprenden una gran parte de la población; cuanto mayor es la proporción, con mayor probabilidad esas personas serán tratadas como enemigos. Su status y tratamiento varían en las diferentes culturas, pero ellas son vulnerables en todas partes a la explotación en el trabajo y los beneficios, a la negación de derechos y oportunidades de los que otros disfrutaban rutinariamente, y a formas severas de disciplina típicamente denominadas "de ayuda".²

En estos casos la disyunción entre el lenguaje y las otras acciones sorprende, pero por lo común no se la advierte o se la niega cuando los disidentes políticos o los observadores académicos llaman la atención sobre ella. Estos grupos difieren de los explícitamente rotulados como enemigos en dos aspectos claves. Primero, están en estrecho contacto con el resto de la población. Segundo, su cooperación es vital para el funcionamiento del orden social; para sostenerse a sí misma, la sociedad necesita, no su hostilidad (como en el caso de los enemigos), sino sus servicios y sacrificios. El lenguaje del afecto, la piedad, la compasión y la ayuda oculta ante uno mismo y ante los otros la importancia de la explotación de esos grupos para el mantenimiento del orden social. Por lo tanto, esta forma ambivalente de enemistad continúa indefinidamente, mientras que otros tipos van y vienen con los cambios en las necesidades y oportunidades políticas.

La evocación lingüística de los enemigos

Las creencias en los enemigos políticos parecen influir en la opinión pública del modo más poderoso cuando el enemigo no es nombrado explícitamente, sino evocado por medio de una referencia indirecta. Tal vez la forma más común de evocación sutil sea la defensa de un curso de acción que implica que un grupo particular es peligroso. Por ejemplo, cualquier referencia a la pena capital es también una referencia a la necesidad de refrenar la violencia de negros y pobres. El argumento liberal de que los pobres y los negros están en la mira de una cantidad desproporcionadamente

alta de las leyes vinculadas con la pena capital sin duda alimenta ese miedo en una parte del público. El hecho de que la asociación sea sutil le asegura una máxima potencia, pues la "pena capital", como toda condensación simbólica, extrae su intensidad de las asociaciones que reprime. Para muchos, una referencia a los barrios miserables o a los pobres está asociada con una clase peligrosa de personas, y no con la desventura económica. Joseph Gusfield ha demostrado que para los fundamentalistas rurales la cuestión de la prohibición de las bebidas alcohólicas evocaba la creencia en la amenaza de los católicos urbanos a un modo de vida moral en los Estados Unidos.³ Las asociaciones implícitas con un enemigo prestan intensidad emocional a una cuestión pública, mientras que nombrarlo explícitamente le facilita a la oposición la refutación de la premisa y crea algunas dudas entre quienes la aceptan. La evocación por medio de la condensación simbólica es por lo tanto crítica para estas formas de la construcción de enemigos.

El lenguaje crudo y estridente utilizado a menudo para describir a los enemigos también refuerza un conjunto latente de significados. El recurso a términos como "spick", "nigger" y "kike", para referirse peyorativamente a grupos minoritarios (italianos, negros y judíos); el lenguaje escatológico y obsceno (como el empleado en el trabajo de Julius Streicher, *Der Stürmer*, en las décadas de 1920 y 1930); la referencia a pueblos extranjeros como bárbaros, y a estados extranjeros en términos tales como los de la frase de Reagan, "el imperio del mal", parecen constituir esfuerzos por ir más allá de los límites del vocabulario convencional para proclamar el odio de quien habla.

Si bien tal lenguaje ostensiblemente describe a su referente como el enemigo, también se dirige contra las personas que no comparten ese punto de vista. Usar un término como "nigger" supone desafiar la ideología de humanistas y liberales, y asociarlos con el enemigo nombrado. En tales casos el destinatario implícito puede explicar la intensidad emocional que una palabra suscita mejor que el explícito, pues nombrar a los negros como una raza inferior sólo significa una reafirmación gratificante de un artículo de fe, mientras que la pretensión implícita de que quienes abogan por dignidad e iguales derechos para los negros son enfermos es un desafío evidente de por sí. De modo que tal lenguaje repele o atrae según sean los valores corrientes de las audiencias. Más polariza que convierte. Al intensificar el debate, realza la cuestión y atrae

apoyo y recursos para ambos bandos. La referencia velada puede crear ambivalencia en los liberales, mientras que la referencia cruda intensifica su liberalismo.

El lenguaje sobre los enemigos políticos se extrae de un conjunto más bien pequeño de proposiciones contradictorias y ambiguas que son aplicadas con independencia de que las diferencias subrayadas giren en torno al color, la etnicidad, el sexo, la raza, la clase, la ideología o la nacionalidad. En un reservorio de afirmaciones que suscitan desconfianza y hostilidad, dominan el discurso las que con más probabilidad contribuyen a forjar una coalición en el caso particular del que se trata, construyendo el sí-mismo y el otro de las personas que quedan involucradas en el juego.

Considérense las afirmaciones más contradictorias. Se dice que los miembros del grupo se mantienen distantes y encerrados en sus asociaciones, y también que insisten en ingresar en círculos sociales donde no son bien acogidos. Son menos inteligentes, ocupan una posición inferior en la escala evolutiva, o más alejada de la gracia de Dios, y son astutos, peligrosamente ingeniosos y siniestros en su talento para aventajar a los otros a menos que se los ponga en su lugar por la fuerza. Son desfavorecidos físicamente, se comportan como algún animal y tienen mal olor, pero su atractivo sexual y sus aptitudes físicas los hacen seductores. Son débiles, extremadamente tímidos y cobardes; también son dominantes, y tienen un don para atacar o talento para las tácticas despiadadas.

La eficacia de los enunciados ambiguos y contradictorios para dar forma a los encuentros políticos y las asignaciones de valor por medio del estado pone en cuestión la idea de que el ego puede concebirse útilmente como ininterrumpido o coherente, y también hace dudar de la utilidad de concebir el mundo social como una entidad consistente. Los enemigos pasan a ser lo que sirve para la situación y el momento, sujetos y objetos se convierten en sea lo que fuere que haga de ellos la aceptación de una afirmación particular, y ninguna de esas formas de transformación gravita mucho en las formas anteriores, confluyentes o subsiguientes, salvo en el sentido de que las desigualdades materiales influyen en todas ellas y de tal modo perpetúan algunas durante largos períodos de tiempo.

La pérdida de perspectiva

Típicamente existe poca correspondencia entre las medidas que las personas toman contra los enemigos políticos y el perjuicio que éstos causan. Es como si el lenguaje de la enemistad eliminara el cálculo y la perspectiva razonables y abrumara a la conciencia. Piénsese en el estereotipo de los japoneses ampliamente aceptados en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y lo rápidamente que se esfumó de la conciencia pública después de la victoria sobre el Japón.

Poner el foco en los enemigos suele significar pérdida de perspectiva y también medidas justificables de defensa contra ellos. En el caso extremo puede tratarse de la disposición de algunos círculos a utilizar armas nucleares contra un enemigo para salvaguardar la soberanía nacional aunque ello implique la destrucción de esa soberanía y de toda la humanidad. Durante cierto tiempo fue común en algunos estados de la Unión sentenciar a culpables de la posesión de pequeñas cantidades de marihuana a encarcelamientos de hasta cuarenta años, acción ésta manifiestamente relacionada con un supuesto sobre la perversidad intrínseca de la persona, y no con el daño que produce fumar yerba. A lo largo de toda la historia se han infligido torturas salvajes a personas consideradas infieles religiosos o enemigos del estado por no suscribir públicamente una ideología de moda. Los castigos son todavía más severos cuando las bases para creer que las personas hacen el mal son invisibles, atribuidas a la psique o al carácter intrínseco, y no a la conducta o a sus consecuencias observables. Lo atestiguan la quema de brujas en el siglo xvii y la caza de brujas en el siglo xx. Piénsese en el capitán norteamericano que según dijo había tenido que quemar una aldea en Vietnam para salvarla, o en la observación del oficial del ejército salvadoreño, hecha en 1982, en cuanto a que debió matar a mujeres y niños porque las mujeres estaban engendrando hijos que llevaban en sí las semillas de la rebelión. En estos casos opera una racionalidad perversa. Como las consecuencias de lo inobservable son ilimitadas, imperan la ideología y el pensamiento determinado por los propios deseos.

Las justificaciones de la enemistad toman la forma de un relato construido sobre el pasado y el futuro: una trama que racionaliza las medidas draconianas contra enemigos supuestos sobre la base de que hay que destruir un mal con el objeto de salvar al público y a los propios enemigos para un futuro mejor. Quemar herejes,

destruir sus carreras y humillarlos públicamente significa salvar el orden social de la contaminación y curar una patología en el antagonista.

Al construir tales enemigos y las tramas narrativas que definen su lugar en la historia, las personas se definen manifiestamente a sí mismas y también definen su lugar en la historia; la autodefinición presta pasión a toda la transacción. Respaldar una guerra contra un agresor extranjero que amenaza la soberanía nacional y la decencia moral supone construirse a uno mismo como miembro de una nación de héroes inocentes. Definir a las personas que uno daña como perversas es definirse a uno mismo como virtuoso. El relato establece las identidades del enemigo y de la víctima-salvadora definiendo a esta última como emergiendo de un pasado inocente y destinada a ayudar a engendrar un mundo futuro más brillante, libre de la contaminación que el enemigo encarna.

La definición oficial de un enemigo extranjero o interno a veces es ampliamente cuestionada, como ocurrió durante la Guerra de Vietnam y el período de McCarthy, y en la América Central durante la década de 1980. Tales casos evocan un disenso creciente, la represión de los disidentes y la opinión polarizada. Las definiciones cuestionadas de la naturaleza de las amenazas típicamente derivan de la rigidez ideológica de un régimen, o provienen de problemas internos que hacen atractiva la maniobra de diversión con el extranjero. Para quienes disienten de la política oficial, la amenaza es el propio régimen, mientras que en las declaraciones oficiales se ataca cada vez más intensamente a los disidentes. Al cabo de cierto tiempo, estos últimos pueden suscitar una hostilidad más apasionada que el enemigo definido formalmente.

Tanto en la Guerra de Vietnam como en el período de McCarthy las cuestiones fueron en última instancia resueltas de modo paradójico. La idea de que la definición oficial del enemigo estaba mal concebida llegó a ser aceptada por una alta proporción de la población, obligando a poner fin a las políticas discutidas. Pero los regímenes sufrieron poco, salvo tal vez en cuanto a su reputación en la historia, mientras que quienes los habían desafiado sufrieron severamente, y algunos siguieron sufriendo años más tarde, por haber perdido sus empleos, interrumpido sus carreras y ver asociado su disenso con el radicalismo y la irresponsabilidad. La elección que realizan las personas entre enemigos discutibles parece considerarse indicadora de su confiabilidad y respetabilidad, aunque la precisión de esa elección, tal como la revela la historia,

parece gravitar poco en lo que concierne a la opinión pública dominante.

El foco muy concentrado en un enemigo político lleva consigo una sensibilidad impresionante a algunas de sus potencialidades y una igualmente sorprendente insensibilidad a otras.⁴ Los sentimientos fuertes implican un vínculo emocional, positivo o negativo, con el propio hijo, amante, terapeuta o antagonista, de modo que cada persona se vuelve alerta a los rasgos que fortalecen o debilitan al otro. Como Joseph McCarthy solía ser más sensible que los liberales mismos a las ambigüedades de la retórica liberal y de las causas liberales, pudo describirlos con eficacia como tibios con los comunistas. Del mismo modo, los liberales que llegaron a detestar a McCarthy advertían mejor que los simpatizantes del senador su disposición a inventar datos y la inseguridad y ambición personales subyacentes en su postura. La sensibilidad a los otros resultante de la hostilidad ayuda tácticamente a descubrir sus debilidades y perjudicar sus causas.

Pero ese conocimiento es de doble filo. El contrafilo consiste en que reduce la atención a las diferencias entre las personas rotuladas como enemigos, en la desatención a las diversidades y distinciones individuales, para poner en foco la única característica o rol que constituye un símbolo de amenaza: un color, una religión, una ideología o una nacionalidad comunes. En cuanto un grupo es definido como enemigo, se borran las otras diferencias de talento, intereses, filosofías políticas y actitudes. Los alemanes, los vietnamitas, los hispanos o los disidentes políticos pasan a ser colectividades homogéneas, en las que ya no se distingue la disparidad de valores, personalidades, políticas o acciones. Tales distinciones permanecen invisibles o son aceptadas como apariencias engañosas que ocultan una identidad básica.

De modo que reconocer a los individuos como seres humanos significa ignorarlos como enemigos. El antisemita que nos confía que algunos de sus mejores amigos son judíos, dice esto. La disyunción psicológica entre seres humanos y enemigos también explica cómo puede estar difundido y ser intenso el sentimiento antisemita en países como la Austria contemporánea, en la que son pocos los judíos que quedan. Los judíos de carne y hueso no son lo que importa. Análogamente, las acciones cotidianas de las personas en Vietnam o El Salvador no tenían nada que ver con el hecho de que representaban "una amenaza para el mundo libre". El lenguaje estereotipado crea su propia lógica y su propio universo

de discurso. La empatía con el enemigo cumple una función táctica, pues facilita la explotación de las debilidades, mientras que la insensibilidad a las distinciones individuales tiene una función de propaganda, pues centra la atención en el rasgo que puede utilizarse para movilizar aliados.

Desplazamiento de los blancos

En cuanto reconocemos que la enemistad está en el ojo del perceptor y que ese ojo no suele estar entrenado en la conducta del supuesto enemigo, resulta evidente que no es necesario que haya ningún vínculo lógico o empírico entre la experiencia del agravio y la atribución de una causa a ese perjuicio. Las personas a las que se les niega lo que ellas piensan que merecen, o que perciben una amenaza a sus privilegios, es probable que identifiquen enemigos supuestamente responsables de lo que las perjudica, pero los así designados tal vez sean inocentes a los ojos del historiador y del científico social. El desplazamiento de los resentimientos sobre blancos personificados vulnerables y alcanzables, con fines políticos y psicológicos, es un elemento profundo en la construcción de enemigos. A menudo significa reemplazar a quienes realmente perjudican por grupos políticamente débiles. A veces el desplazamiento cae sobre un país extranjero, sobre una religión o un agrupamiento ideológico que simboliza lo ajeno o lo siniestro.

Esté o no justificado, ese desplazamiento resulta gratificante, pues ofrece un modo de expresar descontentos culpando a un blanco que por lo común no puede tomar muchas represalias. El desplazamiento también hace innecesario emprender cualquier análisis que sondee la participación de las condiciones sociales y económicas y de las instituciones en la distribución desigual de las oportunidades, los éxitos y los fracasos. El desempleo y los bajos salarios reales generan animosidad contra los destinatarios de la asistencia social, los negros y las mujeres, a quienes se culpa de drenar el tesoro público y de ocupar los puestos de trabajo de los varones blancos. Una gran parte del público general está siempre más dispuesta a culpar por la inflación a las demandas salariales que a las políticas monetarias restrictivas o a los precios administrados por las corporaciones, incluso en industrias que son capital-intensivas.

Poner de realce a los enemigos extranjeros para debilitar el di-

senso interior o distraer la atención de los problemas internos es un gambito político clásico, porque muy a menudo resulta eficaz. Si bien esta forma de desplazamiento es en ocasiones deliberada, no debe serlo necesariamente. El hecho de que las cuestiones internas crónicas por lo general involucran la demanda de reformas para beneficio de los desfavorecidos, mientras que los problemas extranjeros típicamente justifican los gastos gubernamentales que benefician a los grupos empresariales, sin duda ayuda a explicar la tendencia de los liberales a concentrarse en los problemas internos, mientras que los conservadores prefieren las amenazas externas, pero en ninguno de los dos casos es probable que la preferencia sea una empresa consciente para promover ideologías liberales o conservadoras. Más bien se trata de otro ejemplo de la capacidad para racionalizar cualquier demanda política mientras se oculta que sirve un interés propio.

Pero las aventuras extranjeras a veces crean inquietud interior en lugar de ponerle fin, como lo ilustró dramáticamente la Guerra de Vietnam. La cuestión crucial es el grado de consenso público sobre si el enemigo externo que un régimen ataca es verdaderamente una amenaza. La opinión pública se polarizó respecto de tal cuestión en el caso de Vietnam. En tales situaciones, en especial cuando la aventura militar está fracasando, los regímenes se sienten tentados a considerar que los disidentes prestan ayuda al enemigo, y a perseguirlos o reprimirlos lo mejor que puedan —otro ejemplo de desplazamiento—. El proyecto Cointel de la administración Nixon fue una caída ruidosa, aunque encubierta, en esa tentación, pero ella suele más bien tomar la forma de uso de la fuerza punitiva para sofocar las manifestaciones y someter a proceso a los disidentes.

Un desplazamiento común consiste en culpar a las víctimas de la desventura social por sus propios problemas: se pinta a los pobres, a quienes padecen malestares mentales y emocionales o abusan de las drogas, como personas peligrosas cuyas inadecuaciones morales las hacen responsables de sus problemas. Mientras que es más probable que los científicos sociales definan a esas personas como víctimas de un mundo que no hicieron, la atribución de responsabilidad tiene una complejidad suficiente como para que la ideología desempeñe una parte principal en su percepción.

La forma de desplazamiento que más respaldo brinda a la estabilidad política y social es muy probablemente la tendencia a cul-

parse a uno mismo: a experimentar culpa como individuo y como miembro de una clase por los fracasos que también pueden atribuirse a las instituciones económicas y sociales. Una gran proporción de los desempleados, de los pobres y de las mujeres que se encuentran mal pagas, con status bajo y empleos insípidos, sienten que merecen su situación infortunada, que son menos inteligentes, industriosos y meritorios que los ricos y exitosos.

Las personas que prosperan son víctimas de la misma forma de desplazamiento, pues también han sido socializadas para que se culpen, por lo menos de modo ambivalente, por todas las demasiado aparentes patologías de la sociedad con las que ellas se benefician. Como los desfavorecidos, ellas actúan en concordancia con la lógica de su situación social; es fuerte el incentivo para desplazar la culpa hacia la percepción de defectos de carácter.

Los blancos de los resentimientos o la culpa desplazados son a menudo enemigos "pararrayos": personas que se convierten en imanes para la desconfianza y la cólera de muchos grupos diferentes y por lo tanto sirven para condensar y transformar a toda una gama de descontentos y también para erigir coaliciones políticas, como ya lo hemos señalado. El factor clave que parece convertir a las personas en blancos magnéticos es alguna característica que la mayoría de una comunidad ha definido conjuntamente como símbolo de status sospechoso: la ideología, el color de la piel, la creencia religiosa, a veces incluso que no se conserve el propio jardín cubierto de césped o se camine por un suburbio rico, en lugar de desplazarse en automóvil. La más común de tales características es sin duda una nacionalidad que por su socialización las personas ven como menos humana que las de los norteamericanos, ingleses o suecos con quienes usualmente se asocian. El desplazamiento de los resentimientos hacia algunas personas es fácil de orquestar: los rusos, salvadoreños, vietnamitas o coreanos, como estereotipos, son condensaciones y transformaciones de otros tipos de blancos magnéticos.

Estructuración cognitiva por medio de la construcción de enemigos

Tanto la teoría psicológica como la observación de la política cotidiana indican que toda creencia está vinculada sistemáticamente con otras. Las diversas partes de las estructuras cognitivas se refuerzan entre sí; cada una implica a las otras y se transforma

en otras. Ver al partidario liberal del control de la venta de armas como un enemigo de la buena sociedad es también aceptar una estructura de creencias más amplia: (1) son las personas perversas, y no las condiciones sociales, o las desigualdades de clase, las que crean los problemas sociales; (2) podemos resolver los problemas que nos plantean los enemigos extranjeros, los subversivos internos y los delincuentes disparando sobre los transgresores; (3) los propietarios de armas defenderán la democracia y los derechos de propiedad, y no los amenazan. No es necesario que las creencias sean lógicamente consistentes, aunque formen parte de la misma estructura cognitiva, pero cada creencia es influida por la función que desempeña en el escenario global y presupone ese escenario.

La preocupación por un enemigo parece ser una faceta clave de muchas estructuras de creencias que constriñen severamente el pensamiento y la conducta políticos. Tales preocupaciones conservan la atención centrada en un mundo político que tiene un pasado definido, un futuro destinado, un escenario particular y un conjunto prescripto de acciones y actores pertinentes, con propósitos definidos. Este mundo construido pone en claro cuáles son las políticas deseables y cuáles las mal concebidas. El mundo en el que los nazis eran el enemigo tenía una historia de antisemitismo virulento y un futuro ominoso en el que los prejuicios raciales y religiosos constituían un peligro crítico, mientras que los enemigos y aliados eran definidos según su respaldo u oposición al antisemitismo. Los judíos son el enemigo en un mundo en el que aparecen como responsables directos o indirectos de los fracasos personales, los desastres, las guerras y los trastornos económicos; representan la amenaza clave de la contaminación de pueblos racialmente puros y de la religión y la ética verdaderas. El enemigo objetiva y simboliza una historia construida, un escenario construido, y un estado de cosas futuro construido.

El conjunto de creencias abarcadas por una estructura cognitiva de ese tipo se reordena sistemáticamente para mantener el foco en un enemigo cuando esa pretensión es cuestionada, lo cual constituye una implicación esencial del término "estructura". Tales reordenamientos se realizan con facilidad, pues siempre existen términos ambiguos, conexiones implícitas y supuestos reemplazables que facilitan el reajuste para contrarrestar los obstáculos lógicos o empíricos. Si los "comunistas" que el senador McCarthy alegaba haber descubierto en el ejército y el Departamento de Estado no se podían encontrar, ello demostraba su astu-

cia y sus procedimientos tortuosos. El hecho de que las tasas de homicidio sean sustancialmente más altas en los países donde está permitida la posesión de armas se convierte en la prueba concluyente de la ubicuidad del delito en esas sociedades, y de la mayor necesidad que tienen los ciudadanos de protegerse contra los criminales, comprando armas. La estructura cognitiva que mantiene la creencia en un enemigo reposa en un presupuesto o una angustia cruciales para la autoconcepción y para el desempeño continuado en un rol político.

Los enemigos son a veces reemplazados por otros para conservar una estructura cognitiva creíble y vital. Cuando cambian los tiempos y con ellos las modas en la denominación de las amenazas, los enemigos se suceden, aunque los nuevos enemigos también coexisten con los antiguos. Desde el movimiento nacionalista *Know Nothing* de la década de 1830, las definiciones de los extraños amenazantes en los Estados Unidos han pasado de los papistas a los anarquistas, los comunistas y, durante un tiempo, los fascistas. En décadas recientes, han emergido como nuevo blanco los terroristas del Tercer Mundo, superpuestos con los comunistas. En los últimos cien años, los liberales y radicales han definido como sus enemigos a los trusts, el FBI, la CIA y las corporaciones multinacionales para nombrar sólo los más prominentes. A lo largo de la historia norteamericana se han sucedido enemigos externos actuales o potenciales: Inglaterra, México, España, Alemania, Rusia, Corea del Norte, Cuba, Vietnam, Nicaragua. Con independencia de que la percepción de una amenaza sea válida, los enemigos creíbles en el tiempo y la situación presentes son componentes necesarios del sistema político.

En política, los antagonistas también ayudan a constituir la subjetividad. Las personas politizadas se definen en gran medida en los términos de su oposición a los otros grupos que temen y condenan. Es especialmente probable que los líderes y los aspirantes al liderazgo se construyan una imagen sobre la base de la oposición a un enemigo o grupo de enemigos. El fenómeno ayuda a explicar la atribución de enemistad a personas que, a los ojos de otros, no están haciendo daño. También ayuda a explicar la ubicuidad y persistencia de la construcción de enemigos en política, pues esa construcción está íntimamente vinculada con la autodefinición y con el liderazgo.

Una autoconcepción es un elemento crucial de cualquier estructura de cogniciones porque establece la perspectiva moral, la

ideología desde la cual una persona interpreta el mundo social. Nombrar enemigos específicos es evocar ideologías específicas. Sabemos mucho sobre la postura moral y la ideología de una persona si conocemos su definición del enemigo político supremo: los liberales, la policía, los pobres, los ricos, los jóvenes, los varones o los católicos.

Los usos políticos de los enemigos están estrechamente vinculados con los agrupamientos sociales con los cuales se identifica la gente. Cuando los indicios lingüísticos y de otro tipo inducen a las personas a definirse como miembros de diferentes grupos, la percepción de los enemigos cambia en concordancia. La identificación de la propia persona en términos nacionales, religiosos, étnicos, ideológicos, económicos, sexuales o de otro tipo, es el mismo proceso que la identificación de los enemigos en esos términos. La categorización, la percepción y la política van de la mano.

El mundo evocado por un enemigo no excluye la preocupación por otros mundos y otros enemigos. El que se odie y tema a los negros no es motivo para que no se tema y odie a los homosexuales, los banqueros o a los asiáticos de piel oscura. A veces esos mundos están mezclados porque los distintos enemigos son percibidos como aliados o incautos seducidos por alguno de ellos; a veces ocupan compartimientos mentales separados.

Los oponentes como estabilizadores

Las enemistades de larga data entrañan un tipo altamente predecible de discurso, como ya se ha señalado, y una concordantemente predecible continuidad en el poder, los privilegios y los recursos relativos. El lenguaje y los gestos hostiles que han perdurado mucho tiempo se convierten en signos de aquiescencia a la continuación de la relación mientras subsistan sus formas vulgares. Dejar de exagerar las potencialidades peligrosas del enemigo o emplear la fuerza física para eliminarlo serían señales de cambio, pero continuar con los ataques verbales y con los movimientos físicos no decisivos que se han estado produciendo desde mucho antes significa que todo seguirá como ha sido: que la dramaturgia de la enemistad está consolidando el respaldo público a regímenes, causas y desigualdades.

Este fenómeno nos ayuda a comprender la perpetuación durante largos periodos —a menudo siglos— de relaciones de explotación

entre grupos sociales que manifiestamente violan los códigos morales a los que sus adherentes suscriben. Los blancos definen su postura personal con respecto a los negros como una actitud de cuidado o de ofrecerles las condiciones en las que se sientan cómodos, incluso aunque los negros sean esclavos, vivan en guetos paupérrimos, sólo puedan encontrar trabajos alienantes o directamente no consigan ningún trabajo.

Por cierto, lo típico es que un discurso moralista sea central en la transacción entre enemigos: la formación reactiva complementa la racionalización. En consecuencia, las relaciones desiguales se estabilizan; cada grupo aprende la forma de acción que se espera de él, y cada episodio de la secuencia de hostilidades racionaliza los próximos abusos y las diferencias de larga data en recursos y privilegios materiales.

La sexualidad y las atribuciones de erotismo como control social

La represión de un grupo suele entrañar la atribución de cualidades eróticas únicas a las mujeres de ese grupo. Esto ocurre con las mujeres negras y con las mujeres judías, y con las mujeres de los grupos étnicos rivales. Aparece con una base clasista en el *droit du Seigneur* y en las variantes ulteriores del *droit* entre los propietarios de plantaciones y los ejecutivos de corporaciones.

Las declaraciones de que las mujeres de los grupos temidos invitan a, y disfrutan del asalto sexual a veces acompañan a la apreciación de su atractivo físico. Un lenguaje de ese tipo especialmente vocinglero sobre las mujeres negras circuló en el Sur de los Estados Unidos después de la guerra civil; sus consecuencias sociales allí son reveladoras de su efecto político general. El aliento a los ataques a mujeres negras por varones blancos en la cultura del Sur a lo largo de los siglos XIX y XX brindó un apoyo clave a la represión y explotación de los negros, intimidando a los varones negros por lo menos tan radicalmente como degradaba a las mujeres negras porque los asaltos equivalían a una demostración continua de la impotencia y servidumbre de los hombres. Los relatos sobre las cualidades eróticas de clases de mujeres tienen que entenderse en general como un aspecto integral de la explotación del grupo, porque inventan una diferencia que convierte a las mujeres en objetos de la agresión y al mismo tiempo sirven como signos de la degradación de todo el grupo.⁵

La sexualidad es siempre política porque establece lazos, tensiones, hostilidades y constricciones, y genera símbolos de lo ideal y lo repugnante. La atribución de una medida singular de erotismo es manifiestamente política, porque define al grupo en términos que ignoran las características y potencialidades individuales, mientras que destaca una provocación a oprimir.

Incluso una reseña rápida de las diversas relaciones patológicas centrales para la política resalta el rol de la libido en su conformación y cambio. Hay lazos personales con los líderes y con las personas que comparten las propias acciones y el propio entusiasmo políticos, pero siempre con alguna ambivalencia y a menudo con una ambivalencia profunda. El lazo con los enemigos y los adversarios expresa tanto afecto como hostilidad. En los gestos sádicos y masoquistas que abundan en las maniobras políticas resuenan incluso más claramente ecos sexuales. Juzgar a los otros, flirtear con sus intereses, cortejar a los superiores y degradar a los subordinados, celebrar las victorias políticas y quejarse juntos después de las derrotas: todas estas acciones políticas comunes revelan componentes sexuales. El lenguaje convencional que separa nítidamente lo público de lo privado es muy probablemente en sí mismo una reacción al malestar que surge cuando se hace claro lo íntimamente que se mezclan lo personal y lo político.

Un modo relacionado e igualmente potente que tiene la sexualidad de saturar la política aparece en el fuerte foco puesto en los últimos siglos en la promoción de la conformidad ideológica y la represión del disenso y la rebelión por medio de la vigilancia y el control de los cuerpos de las personas, y con la confesión de las ideas e impulsos no permisibles en entrevistas psiquiátricas y en reuniones realizadas bajo la égida del estado.⁶

Las estructuras burocráticas como influencias en la construcción de enemigos

Algunas organizaciones administrativas obtienen recursos presupuestarios en la medida en que un cierto enemigo es aceptado como real y amenazante. Los miembros del personal tienen un incentivo para construir a tales enemigos; están en juego sus carreras, su status y sus ingresos. Los individuos que aceptan un *ethos* de sospecha son atraídos hacia la organización de la que se trata como lugar de trabajo, y los que no aceptan ese *ethos* evitan

hacer su carrera en ella. Las presiones de los pares y el propio interés contribuyen a reforzar la ideología prevaleciente, con lo cual también se refuerza el *ethos* distintivo de la organización. No es casual que los oficiales que llegan a la cima de las fuerzas armadas y el Pentágono no sean palomas, aunque algunos de esos mismos oficiales se conviertan en palomas destacadas después de retirarse, y así obtienen status en un nuevo medio y con un nuevo conjunto de intereses. De modo análogo, hay razones sistemáticas, provenientes de las relaciones de rol dentro de la organización, para que los funcionarios superiores del FBI, la CIA y los comités legislativos de las fuerzas armadas y la seguridad interior sigan identificando enemigos con más celo que la población general. Establecer organismos gubernamentales para tratar sobre la seguridad externa o interior significa asegurar que sus funcionarios superiores verán amenazas serias a la seguridad y de tal modo preservarán una función, un presupuesto y sus carreras. No se trata de que los funcionarios inventen amenazas que no existen, sino de que las amenazas a la seguridad son por lo general ambiguas, y de que el funcionamiento organizacional influye en las interpretaciones.

En el nivel individual, el principio psicológico clave involucrado en este caso es el vínculo entre motivación y percepción, vínculo éste que desde hace mucho tiempo se reconoce como significativo.⁷ La motivación es generada por la creación de una unidad organizacional y la asignación a ella de una función particular. Para la concepción convencional el establecimiento de tales organizaciones es una respuesta a amenazas existentes y al temor popular que suscitan, pero su creación es también una garantía de que las amenazas seguirán considerándose reales y de que las acciones de los países hostiles en alguna medida harán de esas amenazas profecías de autocumplimiento, por las razones ya examinadas. El que los observadores tomen la amenaza como razón para establecer la organización, o que la organización en funcionamiento sea catalizadora de la amenaza, es algo que depende de la amplitud y profundidad de la perspectiva histórica de aquéllos.

Algunas consecuencias de la construcción de los enemigos políticos

Es manifiesto que la concepción de sentido común en cuanto a que las personas perciben como enemigos a quienes hacen daño o amenazan hacerlo no describe lo que es la construcción de enemigos en la política. Muchos ejemplos ya citados demuestran que los enemigos que son blanco de la animosidad más intensa pueden no amenazar con ningún daño en absoluto.

Lo inverso también es cierto: las personas que demostrablemente perjudican a otras suelen no ser definidas o percibidas como enemigos porque su rol de hostigamiento no es discernible, los hechos son complejos, o la fuente del daño es racionalizada por la ideología o el simbolismo. Los funcionarios públicos que adoptan políticas fiscales y monetarias que desplazan de los puestos de trabajo a millones de personas y empobrecen a una alta proporción de ellas raras veces son vistos por sus víctimas como enemigos. Tampoco lo son los gerentes de las corporaciones que contaminan el ambiente de modos que generan enfermedades insidiosas o la muerte temprana a muchas personas, en especial si la contaminación y la victimización son lentas y no se concentran en un vaciadero específico que provoca malestar, penuria y enfermedad en personas cuyos problemas se publicitan.

En su capítulo "El fetichismo de la mercancía", del volumen 1 de *El capital*, Marx analiza un caso paradigmático del desplazamiento de la percepción pública de personas que están en condiciones de dañar a otras. Cuando compramos o vendemos mercancías, señala Marx, sólo experimentamos la transacción como un intercambio de objetos, excluyendo de la atención las relaciones sociales y de poder que son legitimadas en el proceso de establecer el precio, el cual incluye el salario pagado por los empresarios a los trabajadores: "una... relación social entre hombres... asume a sus ojos la forma fantástica de una relación entre cosas". La relación social y la desigualdad de poder que infligen daño se vuelven invisibles, fenómeno éste que aparece también en otras interacciones políticas. Hay reificación tanto con respecto al tiempo como con respecto a la sustancia. Los problemas presentes desplazan el conocimiento histórico, y el foco en las mercancías desplaza la conciencia de la explotación.

De modo que los enemigos son personas identificables o estereotipos de personas a los que pueden atribuirse rasgos, intenciones o acciones perversas. Lo que importa no es el daño, sino la

atribución. Un incremento abrupto del desempleo es como una catástrofe natural o un acto de Dios, sin ningún enemigo personificado a la vista. En cambio, los negros, los judíos o los norvietnamitas pueden simbolizar rasgos satánicos aunque no provoquen ningún daño discernible. La enemistad está en el ojo del contemplador. Es posible que haya pruebas de ella, o que no las haya en absoluto.

Estos ejemplos sugieren una hipótesis relacionada sobre la base de la construcción de los enemigos. Los "enemigos" internos que no provocan daño son a menudo —pero no siempre— de bajo status, baja clase social, personas relativamente desvalidas, mientras que aquellos cuyas acciones perjudican a otros sin que se los rotule como "enemigos" son probablemente de status alto, clase alta o relativamente poderosos. A las personas que son los blancos del prejuicio y tienen poco poder en el mundo observable se las supone enormemente poderosas y malévolas detrás del escenario. Es así como se imputa a los judíos el manejo de la banca internacional o del comunismo internacional o, por ejemplo, en *Los protocolos de los sabios de Sión*, conspirar para obtener el control de la política internacional.

La construcción de enemigos internos también refuerza de otros modos las relaciones de poder establecidas. Fragmenta a la población en agrupamientos hostiles, con lo cual minimiza la probabilidad de un desafío unificado a la estructura del poder. Los negros, los grupos étnicos europeos y los norteamericanos nativos son todos desfavorecidos, pero gastan energía en resentimientos recíprocos. Muchos trabajadores de clase media y hombres de negocios están resentidos con los destinatarios de la asistencia social. Los adherentes a ideologías de extrema derecha y extrema izquierda se definen mutuamente como peligrosos, y ambos grupos son blancos frecuentes de los liberales. Para muchas personas, los homosexuales o algunos grupos religiosos son amenazas al orden moral. En síntesis, las divisiones y hostilidades moderan las divisiones de clase y de tal modo proporcionan una especie de cemento social.⁸ Si bien algunas de estas enemistades ocasionalmente hacen erupción en estallidos de violencia, ese cemento por lo general impide que tales irrupciones lleguen a adquirir la característica de revoluciones incluso cuando son graves, como la inquietud de los trabajadores industriales y agrícolas en la década de 1930, y los tumultos de gueto y las protestas antibélicas de la década de 1960.

La construcción de los enemigos típicamente surge del compromiso intelectual y emocional con las rivalidades, aspiraciones y angustias del presente, sin que se preste atención a los cambios a lo largo de períodos amplios que explican los conflictos y descontentos contemporáneos. Si es que se la llega a mencionar, la historia se convierte en un conjunto de mitos que justifican los resentimientos y agresiones presentes, y no en una base para la comprensión y explicación. Dentro de ese marco ahistórico las acciones e inacciones de los grupos se atribuyen a rasgos admirables o perversos, o a actitudes que racionalizan las definiciones de enemigos y aliados.

Cuando observamos los mismos fenómenos con una perspectiva histórica surge una concepción alternativa, que toma en cuenta los cambios sociales y económicos de largo plazo. Entonces se ve que la conducta amenazante y el ataque físico son etapas finales de una cadena de desarrollos políticos y económicos que tienen su origen en las condiciones en que vive la gente, y no en las inadecuaciones psicológicas o culturales de los grupos nacionales, étnicos, raciales, religiosos, sexuales o de otro tipo. La construcción de enemigos hace psicológica y éticamente posible perjudicarlos o matarlos, pero lo típico es que el lenguaje político cotidiano invierta la secuencia causal y temporal, estipulando como causa del problema la peligrosidad intrínseca del enemigo, mientras desplaza los motivos de queja o la culpa hacia blancos vulnerables. Tales inversiones de causa y consecuencia son endémicas en el discurso político cuando éste justifica la agresión y la construcción de enemigos. Consecuentemente, la comunicación sobre los enemigos ejemplifica la naturaleza performativa del lenguaje de un modo sorprendente; este lenguaje es manifiestamente una forma de acción, no una herramienta para describir una situación.

La espantosa consecuencia es que cualquiera, por bienintencionado que sea, probablemente atribuirá los perjuicios a otros sin tener ninguna base segura para hacerlo. Las situaciones materiales de los observadores, la diferencia de status, las desventajas y privilegios con los que viven sus vidas y que enfrentan en un momento particular, son cruciales para dar forma a la percepción de los enemigos. La creencia de que los otros son perversos, incluso aunque les resulte injustificada a los historiadores, no debe entenderse como arbitraria, accidental, o como un signo de irracionalidad o inmoralidad intrínsecas. En situaciones sociales que llevan a ello, cualquiera puede ser definido como un enemigo o

categorizar a los otros de ese modo por razones que no tienen nada que ver con las acciones de las personas así rotuladas. El mal es vulgar porque los seres humanos están colocados en situaciones en las que muchos de ellos cederán predictiblemente a la tentación de justificarse culpando a otros y, a veces, de hacerles daño, torturarlos o matarlos. El estado refleja repetidamente esos impulsos, dañando a seres humanos en nombre del pueblo.

Resulta tranquilizador suponer que sólo en casos excepcionales las personas victimizan a otras para convertirlas en chivos emisarios del descontento social. Pero el fenómeno no es ni excepcional ni se está volviendo raro. Ha sido crónico en todas las tierras y todas las épocas, y especialmente notorio en nuestro propio siglo: ochenta y cinco años signados por dos guerras mundiales, el holocausto, la represión, la tortura y el asesinato sistemáticos de los disidentes políticos internos, el genocidio en muchos países, y la rápida sucesión de operaciones militares de gran potencia, de una destructividad sin precedentes, en regiones del Tercer Mundo, estando todos estos desarrollos sistemáticamente vinculados con crecientes desigualdades de riqueza entre y dentro de las naciones.

Culpar a los grupos vulnerables por el sufrimiento y la culpa que las personas experimentan en sus vidas cotidianas es emocionalmente gratificador y políticamente popular, y de ese modo la construcción de enemigos subyace no sólo en la dominación, la opresión y la guerra, sino también en la elaboración de políticas, en las elecciones y en las otras actividades aparentemente racionales e incluso liberales del estado contemporáneo.

NOTAS

1. He examinado este proceso en *Politics as Symbolic Action* (Nueva York, Academic Press, 1971), 16-17.
2. Véase en mi *Political Language* (Nueva York, Academic Press, 1977), capítulo 4, un extenso análisis de este fenómeno.
3. Joseph R. Gusfield, *Symbolic Crusade* (Urbana, University of Illinois Press, 1963).
4. Cf. Kenneth Burke, *A Grammar of Motives* (Nueva York, McGraw-Hill, 1945), 6-7.
5. Véanse ejemplos norteamericanos y europeos de este efecto en Gerda L. Lerner, *The Majority Finds Its Past* (Nueva York, Oxford University

Press, 1979), 71-73; George L. Mosse, *Nationalism and Sexuality* (Nueva York, Howard Fertig, 1985), 133-52.

6. Cf. Michel Foucault, *The History of Sexuality*.

7. Cf. Julian E. Hochberg, "Psychophysics and Stereotype in Social Perception", en *Emerging Problems in Social Psychology*, (Norman, Oklahoma, University Books Exchange, 1957), 117-41; Henri Tajfel, "Quantitative Judgement in Social Perception", *British Journal of Psychology*, 50 (1959), 16-29; Jerome S. Bruner, "On Perceptual Readiness", *Psychological Review*, 64 (1957), 123-52.

8. Cf. David Truman, *The Governmental Process* (Nueva York, Knopf, 1951), 159-69.

El espectáculo político como táctica y como mistificación

Las noticias políticas alientan la concentración de la atención en los líderes, los enemigos y los problemas como fuentes de esperanza y temor, oscureciendo el sentido en el cual son creaciones del discurso, perpetuadores de ideologías y facetas de una transacción única. Una estrategia para analizar la política como espectáculo debe comenzar con el lenguaje que realza las perspectivas polémicas intrínsecas en esos términos y llama la atención sobre las formaciones sociales que ocultan.

Las noticias ayudan a politizar al público y de tal modo lo mantienen aprensivo y esperanzado. Evocan un escenario dramático que incide en las vidas privadas: una escena compuesta por líderes eficaces e ineficaces que manejan el esfuerzo tendiente a abordar con éxito problemas perturbadores y a defender a la comunidad contra los enemigos externos e internos. La evocación ayuda a borrar la historia, la estructura social, las desigualdades económicas y el discurso, de los esquemas que explican el bienestar y las privaciones. Estos conceptos pueden también confundir las estrategias individuales y grupales que apuntan a influir en el curso de los asuntos públicos.

Otros términos comunes refuerzan esos efectos desplazando la atención del público y los estudiosos desde la construcción de los espectáculos políticos hacia una escena política fáctica compuesta por elementos autónomos que interactúan entre sí como causas, consecuencias, orígenes, blancos, aliados y antagonistas. Los espectadores se confunden con las interacciones entre tales entidades y desatienden el sentido en que ellas toman su significado de un mundo político construido ideológicamente. El

lenguaje político difundido y otras acciones alientan la confusión y la desatención.

Los efectos son poderosos porque estas construcciones ofrecen respuestas a interrogantes perturbadores. Dicen qué condiciones son sanas o amenazantes y quiénes son los responsables del éxito y la desventura. Las respuestas son lo más saliente porque las alternativas o contradictorias también presionan a favor de la aceptación, fenómeno éste que transforma toda aceptación o rechazo en un desafío y una autodefinition. El foco en los líderes, los problemas y los enemigos construye consecuentemente un mundo social que justifica el rol, el status y las acciones del observador, y también vuelve comprensibles las afirmaciones contradictorias.

Las construcciones son explicaciones, aunque explicaciones parroquiales, pero son también provocaciones que perpetúan las tensiones, los conflictos y las maniobras políticas que nunca tienen éxito durante mucho tiempo. Para algunas personas es gratificante postular un mundo con los contornos particulares que ellas construyen; sus componentes son lógicamente consistentes entre sí y de tal modo contribuyen a la comprensión, predicción y el control dentro de los parámetros postulados. Por ejemplo, un mundo en el que las rebeliones y las guerras civiles en el Tercer Mundo son aspectos del conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética genera creencias claras sobre quiénes son virtuosos y quiénes perversos, qué líderes están de qué lado, qué problemas sociales son reales, qué problemas aducidos (como la represión del campesinado y la pobreza) en realidad son productos de la propaganda, y cuáles son los cursos de acción aconsejables. Mundos alternativos pueden generar creencias inversas de las que acabamos de bosquejar. Uno y otro conjunto pueden ser explicaciones bien acogidas del curso de los asuntos públicos, y cada uno perpetúa y agrava las tensiones políticas que explica.

Como se ha señalado en el capítulo 1, no se sigue que cualquiera de tales construcciones sea tan buena explicación o prescripción para la acción como cualquier otra. Algunas pueden basarse en premisas y razonamientos válidos, y otras en los propios deseos o en delirios, pero todas son intervenciones en la escena política que pretenden explicar, pues alientan acciones que exacerban las tensiones.

El espectáculo como una transacción única

Los problemas, los líderes y los enemigos son perspectivas alternativas de una transacción única. Para comprender cada una de ellas ha sido necesario considerar los muchos modos en que se evocan y complementan entre sí. Los problemas crean autoridades para abordarlos, y las amenazas que nombran suelen estar personificadas como enemigos. Los líderes obtienen y conservan sus posiciones centrándose en problemas de moda o temidos, y enfatizando sus diferencias con los enemigos cuyos pecados pasados y potenciales publicitan y exageran. Los enemigos son un aspecto vívido de los problemas y una fuente de las diferencias que construyen líderes.

Como influencia en el público y la política, entonces, hay una realidad única, pero se la experimenta como varias entidades distintas. Es probable que este fenómeno fortalezca la confianza en creencias y juicios porque cada uno de los componentes de la transacción parece proporcionar pruebas independientes, incluso aunque su autonomía sea ilusoria. La aparente independencia de los líderes, problemas y enemigos le ofrece a los abogados de causas modos alternativos de centrar la atención pública: diversos relatos con una implicación común.

Por ejemplo, el foco en el gran déficit fiscal como problema puede definir como el enemigo a los liberales que gastan dinero en programas sociales y a los beneficiarios de tales programas, y construir como líder al funcionario que recorta esas erogaciones. Tales construcciones parecen reposar en tres elementos discretos que refuerzan su impulso ideológico, pero forman parte de una estructura común de creencias. El ejemplo también llama la atención sobre el rol crucial de la interpretación, porque el mismo déficit fiscal puede también definir como enemigos a quienes propugnan gastos de defensa, o bien, como lo hizo Franklin Roosevelt, el déficit puede interpretarse como solución y no como un problema.

Los diversos medios

Las ramificaciones de las noticias periodísticas en la ideología política han crecido en importancia en el último siglo con la difusión del alfabetismo en los países industrializados, y de la ra-

dio y la televisión en gran parte del mundo poblado. Como se puede llegar a más mentes, los gobiernos y los grupos de interés se empeñan más en alcanzarlas.

Los diversos medios atraen audiencias diferentes según sea su nivel de educación, su clase social, su ideología, su edad, sus intereses y otras influencias. Las apelaciones especializadas de revistas y periódicos son especialmente claras. Las estaciones de radio también atraen a públicos específicos, por lo menos en lo que respecta a gustos musicales y a veces a los intereses étnicos y políticos. Los programas de radio y televisión están destinados a audiencias específicas, y lo mismo es cierto de los artículos destacados de los periódicos.

Si bien estas diferencias de apelación dan la impresión de diversidad pluralista, el proceso clave que opera es la selectividad del observador y la construcción de sus propios espectáculos por grupos con intereses comunes. El principal resultado es un refuerzo sumamente potente de las ideologías establecidas, porque tiene lugar en un contexto que realza los diversos estímulos.

La estabilidad política y la aceptación de la autoridad

La historia política registra muchas frustraciones y tragedias, y las personas casi siempre se someten a la frustración y la tragedia sin ninguna resistencia. Los planes, las políticas, las estrategias y las revoluciones que prometen un mundo social más feliz nunca han dado resultado para muchos o por largo tiempo, y a menudo empeoraron las cosas. La cuestión clásica de la política es por qué grandes cantidades de personas respaldan la autoridad de gobiernos que requieren la aceptación de este tipo de historia y obediencia a reglas gravosas.

En el mundo contemporáneo, la construcción de espectáculos es una parte importante de la respuesta porque la fabricación de acontecimientos y la difusión de noticias sobre ellos crea angustias y aspiraciones, inseguridades y reaseguramientos que impulsan la búsqueda de símbolos legitimantes. El rechazo de la autoridad pocas veces no tiene costos, pero sería una suerte más común si las noticias políticas no mantuvieran a las personas constantemente angustiadas y esperanzadas. El contacto con las noticias hace participar al público en un mundo de sorpresas y drama. Las derrotas y los triunfos, las amenazas inesperadas

y las victorias gratificantes, los miedos al cambio profundo del bienestar y la esperanza de que lleguen a su fin problemas inquietantes hacen que las noticias periodísticas tengan un interés intenso para algunos y que el futuro sea incierto para todos. El espectáculo es impredecible y fragmentado, de modo que los individuos son siempre vulnerables y por lo general lo que pueden hacer es poco más que reaccionar, principalmente manteniéndose al día con las noticias que les conciernen y aceptando las realidades que ellas crean.

La interpretación como explicación

Esta reseña de las posturas desde las cuales las personas construyen espectáculos políticos se ocupa de incertidumbres, interpretaciones y contradicciones, no de generalizaciones concluyentes. La comprensión política reside en la conciencia de la gama de significados que los fenómenos políticos presentan y en la apreciación de sus potencialidades para generar cambios en las acciones y creencias. No surge de la designación de alguna interpretación como hecho, verdad o descubrimiento científico. Para las filosofías sociales que conservan su vitalidad cerca del fin del siglo XX, las "leyes abarcativas" y las respuestas definitivas son más engañosas que científicas: racionalizaciones para exaltar las interpretaciones dominantes otorgándoles el status de ciencia. En cambio, estas filosofías enfocan la importancia central de la variación de la experiencia con la situación social, la forma del discurso, y el contexto, la perspectiva y la definición de toda la transacción de la cual cualquier observación forma parte. También nos sensibilizan a la inevitabilidad de la distorsión en la expresión y la comprensión a causa del esfuerzo por decir cosas que no pueden decirse, a la irradiación de los significantes y de las huellas de otros significantes, y al sentido en que el texto socava sus propias premisas. Un análisis útil tiene que examinar, no la verificabilidad o refutabilidad ni las certidumbres y dogmatismos a los que conduce la búsqueda de respuestas definitivas, sino las consecuencias de las incertidumbres, las certidumbres injustificadas, las variaciones en la respuesta evocadas por diversos medios sociales, y la potencialidad de respuestas multivalentes a las situaciones y los textos.

El historiador o científico social que con plena conciencia de

si busca estabilidad en los desarrollos políticos puede encontrarla con la misma facilidad con que el público general encuentra las sorpresas y el drama que dicho público espera. Si bien los rótulos de los enemigos y las amenazas y los nombres de los líderes y los reaseguramientos cambian de tiempo en tiempo, sus consecuencias para la vida cotidiana y el bienestar permanecen estables. El cambio de contenido mantiene vivas las formas y sus consecuencias políticas.

Manifiestamente, *hay* cambio social en períodos largos de tiempo, catalizados por alteraciones principalmente radicales y habitualmente lentas del medio, la demografía y los modos de producción, como lo ha demostrado Fernand Braudel en sus magistrales historias del Mediterráneo y el capitalismo.¹ Las acciones políticas y gubernativas no inician el cambio social, aunque lo reflejan y prosperan con la creencia de que ellas son su causa.

Lo que una acción significa depende de la postura moral desde la cual se la observa. Algunas de las interpretaciones de este libro se siguen del supuesto de que en general es deseable la igualdad de los beneficios y perjuicios determinados por los resultados de las políticas públicas, pero gran parte de la obra sugiere que el espectáculo construido oculta las desigualdades o las justifica. Para algunas personas ese resultado de la construcción del espectáculo es una distorsión, mientras que para otras no lo es, porque ellas aprueban las consecuencias. Los juicios normativos y las observaciones están inextricablemente entretejidos.

La construcción del espectáculo beneficia más a los privilegiados que a los desfavorecidos, según lo ilustran muchos de los ejemplos y conclusiones de los capítulos anteriores. Por definición, un espectáculo destaca las noticias presentes que se entrometen y aferran a las audiencias y parecen tener un significado evidente de por sí. El significado y el desarrollo en sí son típicamente expresiones y refuerzos vívidos de la ideología dominante que justifica las desigualdades existentes. Distraen la atención del conocimiento histórico, del análisis social y económico y de los beneficios y sufrimientos desiguales; análisis que podría suscitar interrogantes sobre la ideología que prevalece. El relato periodístico de un timo en el área de la asistencia social es un arma política más potente que un análisis erudito de las causas de la pobreza y de las presiones, terrores y falta de opciones que pueden tener que enfrentar los pobres.

Los funcionarios y las élites, ¿sacan partido intencionalmente de los procesos examinados aquí, para conservar y aumentar sus privilegios? A veces lo hacen de un modo perfectamente consciente, pero las conspiraciones y las intrigas no son ni aproximadamente tan útiles para mantener las desigualdades como las acciones más penetrantes que emanan de la lógica de las situaciones sociales en las que las personas se encuentran. Las élites aprovechan los recursos a los que tienen acceso, y sobre todo respaldan a las instituciones que asignan los recursos de modo desigual porque sus situaciones hacen que tales cursos de acción les parezcan racionales. Es probable que las intenciones sean confusas y ambivalentes. Definirlas es en sí un acto político que emana de la situación y de las formas lingüísticas de que disponen los observadores. La explicación es más adecuada cuando se ocupa de acciones, condiciones estructurales y consecuencias, que cuando intenta la atribución de intenciones.

La construcción misma del espectáculo a través de los actos cotidianos de los funcionarios y los grupos de interés ilustra este punto. En un sentido ellos encaran con éxito los problemas, amenazas y oportunidades mientras realizan los procesos del gobierno, pero toda acción también ayuda a construir creencias sobre su status como líderes, aliados, adversarios o enemigos, y sobre la relevancia o irrelevancia de sus actos para audiencias particulares. La construcción de un espectáculo y la acción política cotidiana son la misma cosa, aunque el pretexto de que están separadas ayuda a legitimar las acciones oficiales.

Antídotos

Para la mayor parte de la raza humana, la historia política ha sido un registro del triunfo de la mistificación sobre las estrategias tendientes a maximizar el bienestar. Este libro aborda principalmente las estrategias ineficaces porque los esfuerzos políticos de la mayor parte de la población caen en esa categoría.

Aunque suele no tener éxito para muchos o por períodos largos de tiempo, el arte es digno de atención como antídoto contra la mistificación política porque el poder de las obras de arte depende de propiedades que contrastan reveladoramente con las características del lenguaje político. El arte ayuda a contrarrestar las formas políticas vulgares y así puede ser una forma libe-

radora de expresión política. Se convierte en ella cuando rescata a las personas de la confusión respecto de los hechos, los supuestos convencionales y el lenguaje convencional, de modo que permite advertir las contradicciones intrínsecas y reconocer potencialidades alternativas.

El lenguaje político está arraigado en el presente, fija la atención en "realidades" del momento y en la promesa de cambiarlas en el futuro para solucionar los problemas contemporáneos, pero tal lenguaje de medios y fines es un sostén de los supuestos convencionales, como se ha observado antes.² Los hechos de los que parte sólo son válidos a la luz de tales supuestos; la "verificación" de los hechos refuerza las mismas premisas, sofocando el análisis y la imaginación. El individuo apresado en un ciclo de desarrollos informados, promesas políticas y acciones que minimizan la elección, necesita una perspectiva distinta para analizar desde ella el ciclo mismo.

Ha habido algunas exploraciones fructíferas del sentido en que el arte se niega a aceptar los hechos como verdades y de tal modo libera la mente de los presupuestos convencionales. Las propiedades distintivas del simbolismo artístico son cruciales. En un libro reciente, Nelson Goodman enumeró cinco "síntomas de lo estético", que son la densidad sintáctica, la densidad semántica, la repleción comparativa ("en la que comparativamente muchos aspectos de un símbolo son significativos"), y la referencia compleja múltiple.³ De modo que este autor hace hincapié en las asociaciones complejas y los significados densos como marcas de lo estético. Si bien el lenguaje político centra la atención en un miedo o esperanza particulares, el arte evoca muchos niveles concurrentes de significación. La obra de la Escuela de Francfort y de teóricos de la estética tales como Langer⁴ y Lukács⁵ apuntan en la misma dirección. El arte proporciona forma significativa,⁶ y Bertolt Brecht vinculó la destrucción de la forma con la trivialidad.

Considérense las concepciones del crimen en la vida cotidiana y en el arte como una ilustración de esta distinción. Para un político que aboga por una actitud más dura con los delincuentes, para un criminólogo que estudia las causas del delito, y para un periodista que informa sobre un asesinato particular, la persona que mata queda definida por su acto y representa un rol conocido, una amenaza común y una justificación de las políticas convencionales. Para el lector de *Crimen y castigo*, Raskólnikov re-

presenta esas y otras cosas, pero también sus negaciones. Entre otras posibilidades, representa la angustia de la pobreza, el pensamiento confuso de las víctimas y beneficiarios de una sociedad injusta, las presiones caóticas de las obligaciones para con la familia y para con uno mismo, el horror experimentado por una persona que actúa en un estado mental y se lamenta en otro. La detallada exploración que realiza Dostoievsky del mundo y la mente de Raskólnikov lo convierten en un universal que trasciende los límites temporales, espaciales, nacionales y sociológicos.

El pesimismo que caracteriza a gran parte del arte más grandioso y el humor, que a menudo está entremezclado con pesimismo, también ayudan a contrarrestar el lenguaje político. El pesimismo en el arte es una componente de su poder humanizador; presenta un contraste liberador con las promesas halagüeñas que los charlatanes de feria y los políticos hacen llover sobre el público. Para Marcuse se trata también de un útil antídoto contra el optimismo de los radicales:

"En comparación con el optimismo a menudo unidimensional de la propaganda, el arte está impregnado de pesimismo, no pocas veces entretelado con comedia. Su risa liberadora recuerda el peligro y los males que han pasado... ¡esta vez! Pero el pesimismo del arte no es contrarrevolucionario. Sirve para prevenir contra la 'conciencia feliz' de la praxis radical: como si todo lo que el arte invoca y enjuicia pudiera remediarse por medio de la lucha de clases."⁷

Aunque es menos probable que el humor en el arte suscite una comprensión profunda de las distorsiones de la propaganda, tiene un atractivo inmediato y consecuencias políticas más directas que el pesimismo. El humor popular que llama la atención sobre la especial subcultura que liga entre ellos a los desfavorecidos puede ser poderoso. En un ensayo sobre Rabelais, Mikhail Bakhtin dice que la manera como la clase baja en el medioevo se concentraba en el beber, el fornicar, el nacer, el comer y el defecar era una forma de oposición a la desigualdad social. Sin duda esto se aplica también en otras épocas, pues la risa acerca de tales materias distancia a las personas de la cultura oficial, que es seria, represiva y autoritaria. Bakhtin escribió:

"La risa libera no sólo de la censura externa sino en primer lugar del gran censor interior; libera del miedo que se ha desarrollado en el hombre durante miles de años: miedo a lo sagrado, a lo prohibido, al pasa-

do, al poder... La risa abría los ojos del hombre a lo nuevo, al futuro... Por esto la risa nunca podía convertirse en un instrumento para oprimir y cegar a la gente. Siempre fue en sus manos un arma libre."⁸

Estas observaciones sobre una forma de expresión que contrasta fundamentalmente con la comunicación política nos ayudan a comprender esta última, y también nos dicen algo acerca de la posibilidad de que el individuo se emancipe de las mistificaciones de la política. Siempre ha habido olas de resistencia colectiva a la represión alentadas por obras de arte que ayudaron a iluminar las posibilidades de acción y de conceptualización: cuadros, danza, novelas, películas, obras de teatro y algunas formas de cultura popular.

Las perspectivas que distancian a la gente de las ideologías convencionales han sido un tema ocasional de estas páginas, y las obras de arte constituyen un vehículo supremo para tal distanciamiento. La resistencia colectiva en sí es catalizadora de una perspectiva desprendida. El distanciamiento es típicamente breve, porque representa sólo un momento entre una plétora de momentos más fuertes que obran contra él, pero resulta significativo en sí mismo, y un concomitante valioso de la acción política.

En términos más generales, en la negativa a considerar cualquier texto o cualquier forma de discurso como supremos o esenciales hay un potencial para liberar de los textos políticos y de su arraigo en el presente; ese potencial reside en la sensibilidad a las realidades múltiples y contradictorias y a las transformaciones ocasionales de la realidad asociadas con discursos cambiados, con las diversas situaciones sociales y con los diferentes contextos históricos.

Tal sensibilidad es rara y difícil de lograr y conservar, aunque ha habido momentos en los que grandes cantidades de personas la alcanzaron. Quienes desafían el orden dominante tratan de promoverla mediante "contradiscursos":⁹ textos que cuestionan la hegemonía socavando sus presupuestos y ofreciendo alternativas. Esta táctica ocasionalmente ha dado resultado durante cierto tiempo, aunque el éxito mismo de un contradiscurso puede dar sustento a la hegemonía al construir un enemigo o una amenaza estables que justifican la autoridad, como ya se ha observado.¹⁰ El lenguaje emancipativo no se centra en una alternativa específica, sino que construye una apreciación de toda la

gama de los discursos, las perspectivas y las realidades políticas: las diversas realidades acompañadas de una participación inmediata o un distanciamiento consciente, de análisis sincrónico y atención a la historia, de postura pasiva y de lucha, de diferencias de clase, sexo, color y etnicidad, de las construcciones del arte, la ciencia, las acciones políticas y la fantasía. La comprensión de la gama de perspectivas desde las cuales la gente constituye sus mundos implica una postura crítica. Los escritos de Max Weber sobre la *Verstehen*¹¹ y de Alfred Schutz sobre fenomenología existencial¹² permiten confiar hasta cierto punto en que es posible comprender una gama de posiciones sin suscribirlas. Tal postura permite planificar una acción concertada y eficaz asumiendo los roles de todo el espectro de actores significativos. En ocasiones esto puede significar adoptar formas de lenguaje y acción estratégicas en el momento pero no realistas o contraproducentes en una situación social diferente.

Esta posición implica que las luchas políticas sólo pueden obtener un éxito parcial y temporario, que excluye un estado final de justicia o utopía como meta e ideal. Los escritos utópicos pueden reforzar la esperanza y contribuir a la práctica y la teoría útiles, especialmente cuando toman en cuenta la resistencia institucionalizada al cambio, pero los ensueños acerca de un futuro idealizado con más frecuencia arraigan a las personas en el presente, invirtiendo todo lo que al autor le disgusta en el orden social contemporáneo y brindando apoyo a un optimismo que la historia desmiente. Lo mismo que el lenguaje que promete que una u otra causa política pondrá remedio a los descontentos, tales ensueños racionalizan la aquiescencia con lo actual.

La acción política por medio del voto y el *lobbying* puede contribuir a generar cambios modestos y temporarios, pero es más eficaz como bálsamo para quienes se comprometen en ella que como agente de un cambio duradero y significativo, porque el foco mismo puesto en la política en sentido estrecho da por sentado el marco institucional existente, y de tal modo lo refuerza.

Aunque este análisis presta mucha atención al lenguaje, el cambio de lenguaje tampoco es una respuesta final. La difusión de nuevos términos, conceptos y frases políticos sin un cambio concomitante en las condiciones materiales sólo puede reforzar las antiguas tensiones y premisas. Tomar conciencia de los grandes obstáculos que enfrenta el cambio sustancial puede ayudar a dar forma a estrategias eficaces, en especial si se aso-

cia con el reconocimiento de que el arte, la ciencia y la cultura construyen el pensamiento y la acción políticos, y no coexisten simplemente con éstos.

El cambio decisivo requiere una lucha basada en la esperanza, pero incluso la lucha que quiebra las instituciones, rutinas y supuestos establecidos pocas veces ha sido eficaz durante mucho tiempo. El análisis de la naturaleza y las consecuencias del espectáculo de la política es en sí mismo una parte de la lucha en curso.

NOTAS

1. Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols. (Nueva York, Harper & Row, 1966); *Capitalism and Material Life; 1400-1800* (Nueva York, Harper & Row, 1967).
2. Véase el cap. 6.
3. Nelson Goodman, *Ways of Worldmaking* (Indianápolis, Hackett Publishing Co., 1987), 67-68.
4. Suzanne Langer *Philosophy in a New Key* (Cambridge, Harvard University Press, 1970).
5. Georg Lukács, *The Specific Nature of the Aesthetic*, reseñado en *Marxism and Art*, comp. de Maynard Solomon (Nueva York, Knopf, 1973), 404-19.
6. Suzanne Langer, *Feeling and Form* (Nueva York, Scribner, 1953).
7. Herbert Marcuse, *The Aesthetic Dimension* (Boston, Beacon Press, 1978), 14.
8. Solomon, *Marxism and Art*, 300.
9. Véase un análisis sutil de los contradiscursos en la literatura francesa del siglo XIX en Richard Terdiman, *Discourse/Counterdiscourse* (Ithaca, Cornell University Press, 1985).
10. Véase "La creación de diferencia y oposición en los líderes", capítulo 3.
11. Max Weber, *The Methodology of the Social Sciences* (Nueva York, The Free Press, 1949).
12. Alfred Schutz, *The Phenomenology of the Social World* (Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1967).